



# El Pintor del Alma

José María Díez-Lobato



Vision Libros



EL PINTOR DEL ALMA



# EL PINTOR DEL ALMA

José María Díez-Lobato



El pintor del alma  
© José María Díez-Lobato  
© Editorial: Vision Libros  
Calle San Benito 21 Local  
Tel: 0034 91 3117696 url: [www.visionlibros.com](http://www.visionlibros.com)  
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-032-0

Diseño base cubierta: Marian González,

Maquetación: Noelia Carretero

Distribuye y produce:  
Distribución de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local.  
28029 Madrid.

Pedidos a: [pedidos@visionnet.es](mailto:pedidos@visionnet.es)

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

**La mayoría de los lugares que aparecen en este libro  
son reales, aunque también la ficción campa dentro  
de la realidad.**



## CAPÍTULO I

### MIGUEL DE LA VEGA

Y así pasó el día después de haber tenido un gran éxito, pero Javier sabía que eso tenía que acabar y que “mañana sería otro día”. Si no era como aquél, ya procuraría él que fuera parecido. Javier pensaba en la pintora mestiza que entró a última hora en la galería: “*menudo tipazo; ese chuleta de Héctor sabía buscar buenas mujeres*”; según le dijo, la había conocido en el Museo del Prado mirando un cuadro del siglo XVI de un pintor castellano. Decía que le interesaba mucho todo lo castellano y conocer a aquellos hombres que conquistaron su tierra y les dejaron en la pobreza durante tantos siglos. Javier sabía que tenía algo de razón, pero él pensaba que nuestro país, en especial, Castilla, había sido la principal protagonista de esa historia que había llevado la civilización, aunque reconocía que también otras cosas negativas, ya que el oro de esas tierras daba poder, y más en aquellas épocas donde nuestro imperio estaba metido en una serie de guerras por todo el orbe y, bien dicha estaba aquella frase de: “en el imperio español nunca se ponía el sol”.

Una vez que Javier cerró la galería, Carmen, su colaboradora, recordó que a la mañana siguiente, a primera hora, tenían cita con la ayudante de la ministra de medio ambiente que estaba interesada en algunas obras de arte para decorar su despacho.

Según iba para casa, en la mente de Javier estaba uno de los cuadros, era su favorito: Antonio Reyna y su vista de Venecia, me parecía maravilloso, con el Gran Canal como fondo y aquellos palacios tan soberbios de construcción renacentista. En uno de sus últimos viajes a esa ciudad, recordaba las palabras de

Vittorio: *“los edificios están sustentados sobre madera de palafito, y ahí están después de más de quinientos años”*. Parecía increíble el trabajo efectuado por esos venecianos que llegaron a tener una de las flotas más importantes de Europa. Con ella se defendieron de los ataques de los corsarios turcos, y su comercio se extendió por todo el mundo.

Ya en casa se tumbó en el sofá y, con la mirada en el infinito, dejaba pasar por su mente, como si de una película se tratase, lo ocurrido en el día. Desde por la mañana, cuando remataban los últimos toques de la exposición, llegó Mr. Arnold, el marchante americano, como siempre, con su cara jovial y simpática. Contempló toda la obra expuesta y sonriendo le dijo:

—Un pintor increíble, compro toda la obra.

Por el momento, no le entendió bien:

—¿Cómo dice? —Le contestó Javier.

—Sí, lo que le he dicho, compro toda la obra expuesta. Dígame el precio.

Por el momento Javier titubeó y no supo qué contestar, y de repente, sin meditar, dijo:

—Habrà que hablar con el pintor primero ¿no cree?

Era mi segunda exposición, la anterior había sido hace dos años en Berlín, en una galería no muy conocida; a pesar de eso vendí los quince cuadros que expuse. Los críticos alemanes no se enteraron de aquella exposición, solamente hubo una reseña en una revista de arte que, afortunadamente, llegó a manos de Javier y le hizo conocerme como pintor. Entonces yo sólo era un artista, un muchacho amable y simpático, y no tenía más de treinta años. Le enseñé mis trabajos, que le entusiasmaron, pronto nos comprendimos y decidí que trabajaría para su galería. Javier todavía recordaba aquel día con cariño, porque se fue a casa tan contento como si le hubiera tocado el Gordo de Navidad. Me llamó y quedamos a comer. Según me contaba la oferta de Mr. Arnold, me quedé callado y pensativo:

—¿Qué crees que debo hacer? —Pregunté.

Durante toda la mañana, Javier estuvo pensando en la oferta del americano, y en qué le debía responder. Sabía que yo haría lo que me dijera, y esto le preocupaba más. Cuando Javier entró al restaurante, ya sabía lo que yo le diría, pero al verme tan pensativo, esperó a que yo hablara primero antes de decir nada.

—Bueno..., yo creo que es una buena oportunidad, pero, ¿qué hago con mis amigos y coleccionistas que esperan esta exposición?

—Bueno, tenemos que pensar algo al respecto —dijo Javier —, después de la visita del marchante, estuve pensando sobre la oferta. Verdaderamente, creo que vender toda la colección a este americano no es bueno para tu currículo y, especialmente, para los amantes del arte españoles que deseen tener obras tuyas.

Le miré fijamente y, con la sonrisa en los labios, dije:

—¡Qué peso me quitas de encima! Eso pensaba también, entonces, ¿qué hacemos con la oferta del americano?

—Le venderemos algunos cuadros —contestó Javier —, ya le he dicho que tú tienes la última palabra y que venga una hora antes de la inauguración y hablaremos.

Cuando Mr. Arnold conoció la decisión tomada no se inmutó, al contrario, sonrió diciendo:

—Es una solución salomónica de un gran artista, no te perderé de vista —dijo mirándome con simpatía. A continuación volvió a mirar los diez cuadros que le habíamos adjudicado y extendió un cheque en dólares por su importe.

A Mr. Arnold lo conoció Javier hacía cuatro años en la Feria de Basilea, estaba rematando una operación con un galerista alemán con el que Javier tenía buena amistad. Desde entonces siempre que venía a Madrid no dejaba de visitarle. El anterior año le consiguió un Miró para uno de sus clientes; fue una transacción complicada, ya que la Fundación Miró se lo puso difícil, pero al final cedió cuando supo que iba destinado al San Francisco Museum of Modern Art.

Al mediodía llegó la ministra con su ayudante, era una mujer muy agradable, algo gruesa y de aspecto sonriente y bonachón.

Javier ya la conocía de otras exposiciones, le gustaba el arte y el pasado año le había presentado una artista de su galería para que le hiciera su retrato. Javier volvió a sacar el cuadro de Reyna y ella lo contempló con admiración.

—¡Qué artista! —Exclamó—. Verdaderamente, era un gran pintor, igual que Senet, Rico y otros pintores de la “Escuela de Roma” y París que fueron subvencionados por el estado español e hicieron grandes cuadros en Italia. Especialmente éstos, pintaron mucho sobre Venecia, siguiendo posiblemente a la escuela que había creado Canaleto en el siglo XVIII; ese pintor veneciano era inigualable, su perfección era notable —dijo volviendo a mirar el cuadro—. Como ya está todo hablado y yo estoy totalmente de acuerdo con la operación, me lo puede enviar al Ministerio, ¡qué artista es éste! —Exclamó mirando los cuadros de la exposición, y todos con el punto rojo—. ¿Es que están todos vendidos?

—Así es —contestó Javier—, ha sido un éxito total.

La ministra se quedó mirando los cuadros expuestos y fue observando y recorriendo uno a uno, leyendo sus inscripciones. La mujer se quedó parada enfrente de uno de ellos, cuyo tema era un paisaje del norte de España, en donde la niebla cubría parte de la montaña, viéndose en su ladera una vieja iglesia o monasterio de factura medieval.

—¡Parece que me encuentro dentro de ese paisaje! —Exclamó extasiada—. Es un cuadro con vida; tiene algo que me atrae y me transmite paz.

Al oír estas palabras, Javier pensaba que eso mismo sintió la primera vez que vio uno de mis cuadros, luego, posteriormente, le ocurría lo mismo cuando estaba conmigo, siempre se encontraba a gusto y, según decía, mi mirada dulce y amigable hacía que mi compañía fuera reconfortante.

Por la tarde volvió Mr. Arnold, quería llevarse a su galería de Nueva York uno de los cuadros. Era uno de los pequeños de 36 x 48 cms, óleo sobre lienzo. En él se veía un paisaje estilo impresionista en donde un muchacho, bañándose en un pequeño lago, miraba hacia el bosque cercano cubierto de árboles que ascendía por la montaña hasta una casita que se divisaba en la lejanía.

—Ese cuadro me encanta, le quitaré el marco y lo llevaré conmigo en el vuelo. Espero que pueda hacerlo ¿hay algún problema? —Dijo mirando fijamente a Javier.

—Supongo que no, ya sabe usted que hasta que no se acabe la exposición no se entregan los cuadros vendidos.

—Sí, ya lo sé —confirmó mirándole con su cara triste —, pero creo que en este caso se podrá arreglar. Hablaré en persona con este gran pintor, quiero conocer a este Miguel de la Vega.

Durante todo el día fue llegando gente. Unos, que habían estado en la inauguración, y otros nuevos, para ver mi obra que tanto había gustado. Todos le hacían las mismas preguntas a Javier una vez que hubieron mirado cada cuadro buscando alguno que no tuviera un punto rojo de vendido.

—Ya sabe que si alguien se vuelve atrás me llama, no lo olvide.

Aquella noche, Javier y yo, cenamos en un restaurante cercano a la galería, hablamos de todo menos de pintura. Le contaba de mi tierra natal, de un pueblo de la montaña de Santander.

—¿Sabes? Mi padre es un hombre de campo, de la montaña, de la tierra, de los animales, a los que quiere como si fueran hijos suyos. Siempre le gusta ir a caballo, pocas veces le he visto coger el coche. Los animales también le adoran, conocen su voz, e incluso con un solo movimiento de cabeza o de brazo, los animales le entienden. Le cura sus enfermedades como si fuera el mejor veterinario, y todo el mundo le respeta por su nobleza y gran personalidad. Mi madre, y ahí está la razón de que yo sea pintor, adora el arte. Ella es de Ribadesella, una bonita villa en la mar con una magnífica playa —le explicaba yo.

—Sí, la conozco, he estado varias veces viniendo de los Picos de Europa —asentía Javier.

—Bueno, pues mis abuelos maternos eran vecinos del gran pintor de Ribadesella, Darío de Regoyos; mi madre era íntima amiga de su familia, se puede decir que el ver tanto arte, le ayudó a seguir esa vocación de pintora, y luego su hijo siguió esa tradición —proseguí.

—No conozco nada de su obra, ¿ha expuesto alguna vez? —Preguntó.

—Nunca, aunque su casa está llena de cuadros. Dice que es feliz teniéndolos consigo, no quiere venderlos, porque son parte de su vida. Me gustaría que los vieras, tienen tanta vida. Tengo varios cuadros de ella, te los enseñaré la próxima vez que vengas a mi estudio —terminé diciendo.

Corría el mes de abril y ya estaba preparando mis vacaciones. Deseaba salir lo más pronto posible para no coger la Semana Santa, época en la que, a cualquier parte que vayas, se encuentra llena de gente. Pensaba dirigirme al sur, a Andalucía Occidental, donde vivía parte del año uno de los profesores que me había dado clases en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. También deseaba pasar por Sevilla y quedarme un par de días para contemplar esa ciudad de sol, donde la luz y el color iluminan todo.

Me despedí de Javier, mi buen amigo galerista, prometiéndole que algo trabajaría y que se lo mostraría a la vuelta.

Al día siguiente, por la mañana temprano, salía por la autovía de Andalucía con un buen tiempo y con ganas de disfrutar de aquellas vacaciones merecidas.

Estaba contento, mis cuadros habían tenido mucho éxito, y las críticas en las principales revistas culturales eran muy positivas, incluso un crítico de arte de una de las revistas me alabó llamándome “el futuro Van Gogh”. Realmente llevaba cuatro años desde que acabé la carrera y notaba que cada día que pasaba tenía más facilidad para pintar y mi inspiración no tenía límites. Cualquier cosa que veía, ya fuera un paisaje, una persona o cosa, si me gustaba, se metía dentro de mi mente y yo dentro de ella como si ya formara parte de mí mismo.

Mis cuadros los sentía y vivía con cada pincelada como si estuviera creando un nuevo ser. Era curioso, a mi madre le pasaba lo mismo, por eso, ella decía que eran sus otros hijos y que no podía desprenderse de ellos. Pero yo no podía hacer eso, deseaba que otras personas sintieran como yo al adquirir mis obras, y que a ellas les transmitiera la misma felicidad que yo percibía con mis obras concluidas. Pensaba en el cuadro que se llevó el americano y el impacto que causó en él. Estaba seguro de que aquel paisaje le había cautivado y que difícilmente se desprendería de él.

A mediodía entraba en Sevilla, me dirigí al centro de la ciudad, cerca de la Giralda para aparcar y tomar alguna cosa antes de ir a buscar hotel. Me quedé sorprendido al ver que todo estaba cortado por obras y no había dónde aparcar. Pregunté a un viandante qué era lo que pasaba, que todo estaba levantado y lleno de máquinas de construcción.

—Señor —dijo el andaluz —, están haciendo el metro en Sevilla y todo el centro está en obras. Por ahí no puede pasar, tendrá que dejar el coche a las afueras o en la estación de Santa Justa.

Después de dar varias vueltas con el coche y ver que lo que me había dicho el andaluz era cierto, me planteé un cambio de planes. Ya no podía contemplar la ciudad como deseaba, la luz y el color de la ciudad se habían convertido en color gris y el polvo lo llenaba todo. Volví a la carretera y tomé la autovía de Sevilla-Cádiz. En una gasolinera de la autovía llené el depósito de gasolina y tomé algo en la cafetería. Ya cerca de Cádiz, tomé la carretera de Cádiz-Málaga, dirección Algeciras. En esa zona, que me encantaba, se veían las montañas a mi derecha, llenas de casitas blancas con vistas al océano.

Todo estaba verde, se veía que esa primavera había llovido lo suficiente para alimentar el campo. Los animales, especialmente las vacas, pacían mansamente en las llanuras y en las laderas del monte.

Ya me acercaba al litoral, la carretera nacional se adentraba a no más de 200 metros de la orilla del mar Atlántico. De repente, a mi izquierda veo una torre sobre una gran roca que mira hacia el mar, parece medieval. En la parte de abajo hay una entrada de un camping, entro y paro el coche para admirarla; «¡increíble! », me digo susurrando.

Un señor que viene con una carretilla de trabajo me pregunta si deseo algo. Le contesto que estaba mirando la torre, se ríe y me dice que le siga.

—Señor, desde la recepción lo ve mejor. Coja el coche y aparque allí, a la derecha.

Una vez aparcado, me quedo extasiado al ver el mar y la torre vigilando sus orillas. Por mi cabeza empieza a pasar un sinfín

de ideas que podría plasmar en mis cuadros. A mi alrededor veo casitas, tipo bungalow, cerca de la torre. Me acerco a la recepción. Una muchacha morena y muy bonita me pregunta lo que deseaba.

—Perdone, me gustaría saber si alguna de sus casitas se puede alquilar.

—Claro —me responde —, pero está todo lleno, hay que reservarlas con tiempo. Lo siento, señor.

En ese momento una pareja con aspecto de nórdicos se acerca a la recepción. En alemán le dicen a la muchacha que tienen que irse urgentemente por un asunto familiar. La muchacha me mira sonriente y me dice:

—Creo que ha tenido suerte, estos señores se van y tienen un bungalow cerca de la torre. Déme su documentación y le llevo a su alojamiento. En media hora lo tendrá listo, una vez que lo limpien.

Entretanto fui paseando por las calles del camping, desde todas partes se veía el mar. Todo estaba lleno de árboles de distintas clases. A mi izquierda veía una magnífica playa de seis ó siete kilómetros y, al fondo, una bonita villa que debía ser Tarifa por la entrada más angosta del Estrecho desde el Atlántico. La vista era impresionante, en ese momento pude contar ocho barcos que surcaban el océano, entrando o saliendo del Estrecho. Enfrente de donde me encontraba podía ver África. Estaba pensando qué ciudad sería la que estaba enfrente de mí en el otro continente, cuando me avisaron que ya estaba listo.

El bungalow era acogedor, todo de madera que parecía teca, tenía dos habitaciones, dormitorio, salón y un baño con ducha. En la parte exterior, un pequeño porche con una mesa y dos sillas miraba hacia el mar, y los verdes árboles lo rodeaban por los laterales. Dejé la maleta sin abrir y me senté a contemplar el espectáculo tan maravilloso que me brindaba la naturaleza. La tranquilidad del lugar y el cansancio del viaje ayudaron a que me durmiera. No sé el tiempo que estaría en ese estado, pero si no hubiera sido por una bandada de cigüeñas que cruzaban hacia la península no me habría despertado. La puesta de sol, que en ese momento estaba viendo, me dejó atónito. El sol tenía

un color rojo como la sangre. Una vez que se fundió con el mar, dejó una estela por todo el cielo de ese color. Días después me dirían que las puestas del sol en Tarifa son de las más bellas de la península. Una vez que deshice la maleta, salí para pasear y tomar algo. En el supermercado del camping compré todo lo que necesita para pasar mis vacaciones.

Era temprano cuando me desperté al día siguiente; el sol ya había salido y el día era cálido y no había fuertes vientos del Estrecho como suele ocurrir a menudo. Una vez desayunado, tomé mi cuaderno de dibujo y bajé en dirección a la playa. Me dijeron que a la orilla del mar, en la playa, estaba el restaurante del camping. A esas horas de la mañana el restaurante ya estaba abierto y mucha gente joven con aspecto de deportista se encontraba desayunando.

El lugar estaba situado en un espacio inmejorable, con el mar a sus pies y la playa que llegaba hasta Tarifa. Me senté y pedí otro café. Una vez que la camarera me sirvió, abrí mi cuaderno, dibujando lo que veía a mi alrededor. Algunos curiosos se acercaron a ver qué hacía; la mayoría eran extranjeros, parecían alemanes. Ninguno dijo nada, pero entre ellos noté cómo se miraban como si aprobaran mi trabajo. Estuve varias horas dibujando y haciendo algún boceto para mis próximos cuadros. Pensé que el próximo día iría con el caballete y me pondría en una zona verde lindante con el restaurante en la que no se veía gente.

Después de comer un pescado excelente y viendo a los windsurfistas recorriendo el mar y sorteando las olas con gran dominio de sus velas, subía a mi bungalow a colocar la ropa en los armarios. En el camino me encontré con un señor mayor que estaba pintando una acuarela. Charlamos un rato y me alegró mucho ver cerca de mí a alguien al que también le gustaba la pintura.

Fui colocando la ropa en los armarios y, cuál fue mi sorpresa, encontré un pasaporte metido entre dos cajones. Lo miré y me pareció que era del alemán que estuvo aquí antes. Entonces me fui a la recepción con él y se lo entregué a una señorita rubia que estaba detrás del mostrador. Lo abrió y me dio las gracias, aclarando que era del Señor Schneider.

—Un momento, aquí pone Klaus Steinder, no Ernts Schneider —dije.

—Espere un momento, voy a ver la ficha —la muchacha se retiró para confirmar los nombres —, así es, señor, parece que este hombre tiene dos pasaportes. Muchas gracias, señor, se lo entregaré al director.

Me quedé intranquilo al ver que algo raro pasaba; seguramente, el dueño del pasaporte no lo encontró al quedarse enganchado en el fondo del armario con el otro cajón, pero parece que no le dio más importancia al hecho de pensar que lo había perdido al tener más pasaportes.

—¡Entonces! —Exclamé —¿Quién será ese individuo que tiene dos identidades?

Como era algo que no era de mi cuenta, intenté olvidarlo y me fui a Tarifa. Cuando llegué cerca de las murallas, recordaba lo que había estudiado en el libro de historia en el colegio: Sancho IV, el Bravo, no rindió la plaza a los moros que le amenazaron con dar muerte a su hijo si no entregaba la ciudad. El bravo rey, que de ahí viene su nombre, no sólo no entregó la plaza, sino que lanzó un cuchillo desde la muralla para que cumplieran su amenaza. Por la puerta de Jerez, una vez que hube aparcado el coche, entré en la ciudad medieval. Las casas eran blancas y de no más de dos o tres plantas, la mayoría tenía las ventanas enrejadas, y estaban situadas en unas calles estrechas cuyo diseño podía haber sido tanto cristiano como musulmán. Desde la parte alta de la villa se podían ver las moles de los barcos que pasaban por el Estrecho como si fueran navegando por el centro de la ciudad. Pregunté por el domicilio de mi antiguo profesor, dirigiéndome a su casa.

La casa era similar a las demás, en la parte alta se veía como un mirador, que pensé que sería el lugar adecuado para su estudio. Llamé varias veces, al ver que no abrían, me dirigí a la casa de al lado. Salió un hombre rústico con traje de pana negro que me dijo que el pintor estaba en Sevilla y que venía pocas veces, especialmente en las fiestas y también a ver a su madre que vivía allí. En vista de lo cual me fui a visitar la ciudad y a recorrer los lugares históricos que tanto me interesaban.

En 1271, el sultán merino Abu Yasuf, envió tropas a Al Andalus, al mando de su hijo Abu Zayas, que desembarcó en Tarifa por el mar de Siria o Estrecho de Gibraltar y, curiosamente, estableció su campamento a lo largo de la playa, más concretamente en la Peña (lugar en donde me encontraba hospedado). «Me gustaría conocer mejor el sitio que he elegido para pasar mis vacaciones, a la vista de la historia que estoy encontrando», me dije.

Bueno, según dice la historia, Abderramán III fue el que construyó el castillo califal y la fortaleza para defenderse de las incursiones normandas o vikingas y del avance militar de las fuerzas chiítas, y a partir de esto es cuando realmente Tarifa se convirtió en una ciudad, es decir, que desde el año 711 en que desembarcó Tarik ben Ziyad y empezó el poderío musulmán en la Península, hasta que los musulmanes fueron expulsados por los Reyes Católicos en el siglo XV con la conquista de Granada, último reducto de los moros, pasaron ocho siglos.

Después de leer tantas cosas que ocurrieron en esa bella ciudad, me fui a tomar algo, ya que mi estómago me pedía comida sólida. Sentí no entrar en el castillo construido por Abderramán III y conquistado por el bravo Rey de Castilla y León, pero ya estaba cerrado, «será para otra visita», pensé.

En una pequeña taberna cerca de al Puerta de Jerez, observé que había mucha animación. Entré, sentándome en un taburete de la barra. El camarero se me acercó y, al tiempo que me preguntaba qué quería, me entregó una pequeña carta.

—Aquí puede ver lo que tenemos. Y para beber, ¿qué le sirvo?

—Déme un vino de la tierra —dije.

—¿Blanco o tinto?

—El que usted me recomiende.

—¡Hombre! Yo le aconsejaría un vino blanco de Cádiz, a la vista de nuestra carta.

Abro la carta y veo que todos los platos son a base de atún. Atún con pimientos, atún rebozado con salsa de calamar, etc, etc. «¡Qué cosa más curiosa!» Pensé.

Le pedí varios platos de atún, que me comí con gran delicia, además de media botella de vino de esa tierra.

Ya era de noche cuando salí de la taberna. Fui en busca del coche, con ganas de dirigirme a mi bungalow y coger la cama para, al día siguiente, poder trabajar sobre tantas cosas que tenía en mi mente. Esperaba hacer un buen trabajo en esa tierra tan singular y tan distinta a mi lugar de origen.

El camping ya estaba en silencio. Me dirigí a mi bungalow. La noche estaba muy estrellada, la luna llena iluminaba todo, tanto que no era necesaria la luz artificial del lugar.

Enfrente, África se divisaba perfectamente, la ciudad que veía tan iluminada era Tánger, según me dijo un camarero a mediodía en el restaurante.

Todo olía a hierba mojada, a mar, a flores silvestres; un sinfín de olores que embriagaba todo.

Metí la llave en la puerta del bungalow y, cuál fue mi sorpresa, la puerta no estaba cerrada con llave. Entré y, al encender la luz, vi todos los cajones por el suelo y toda mi ropa esparcida por todas partes. Lancé una exclamación de sorpresa, preguntándome qué ladrón sería y qué podía querer llevarse, ya que no faltaba nada.

Enseguida pensé que todo aquello podía tener relación con el pasaporte encontrado. Cerré la puerta y fui a las oficinas. Estaban cerradas. Entonces miré a ver si encontraba a alguien que me informase. Un hombre con una linterna subía desde el túnel que cruzaba la carretera, desde la otra parte del camping. Le hice señas con la mano y se dirigió hacia mí.

—¿Qué desea, señor? —Me preguntó.

—Estoy buscando a alguien de este lugar para que me ayude.

—¿Cómo dice?

—Sí, para que me ayude. Alguien ha entrado en mi bungalow y me ha revuelto todo, aunque parece que no se han llevado nada.

—Bueno, vamos a ver, yo soy el vigilante y guarda nocturno de este lugar; si no le importa, vamos a su bungalow y con calma me cuenta todo lo que le ha pasado.

Le fui contando todo lo ocurrido desde que llegué a aquel lugar. El hombre, muy amable y con mucha educación, me dijo que él llevaba cerca de treinta años trabajando en ese lugar. Primero, para los padres de los propietarios y, ahora, con los hijos.

—No recordaba más robos que los que cuentan los dedos que tiene mi mano, pero, en cualquier caso, se lo comunicaré al director para que tome medidas. Habrá que dejarlo para mañana, pero si quiere llamo ahora mismo a la Guardia Civil, que continuamente se encuentra por estos alrededores vigilando el Estrecho.

—Como nada me ha faltado, prefiero hablar antes con el director.—Bueno, pues dejo el aviso y mañana a primera hora se pondrán en contacto con usted. De todas formas, apunte mi móvil por si acaso, que nunca se sabe.

El hombre se fue y yo empecé a poner todo en orden. Una vez acabado, puse una silla detrás de la puerta de forma que nadie pudiera abrirla, por si acaso me daban una sorpresa mientras dormía.

El canto de los pajaritos que jugaban alrededor de la casa y el ligero ruido del viento que entraba por la chimenea me despertaron. Salí al porche y miré el tiempo que hacía. Había algo de viento de poniente con sol claro de primavera; el horizonte a esa hora temprana de la mañana no se divisaba muy bien, ya que en el océano una ligera niebla no permitía ver el continente africano.

Un señor grueso de mediana edad llamó a mi puerta.

—Perdone si interrumpo, soy el director del camping. Ángel, el vigilante nocturno, me ha contado el incidente de anoche.

—Sí, mucho gusto —le dije—. Efectivamente —continué—, alguien entró en mi bungalow mientras estaba fuera, pero afortunadamente no falta nada.

—Sí, ya sé, como también lo del pasaporte que usted encontró. Creo —añadió— que voy a dar parte del asunto en el cuartel de la Guardia Civil.

—Bueno, si lo considera necesario; sí, es mejor, eso del pasaporte no me gusta nada.

—Yo lo siento por si la Guardia Civil le molesta, pero no hay otro remedio. Ya le tendré al corriente de los acontecimientos —, y diciendo estas palabras se fue.

Después de ducharme, tomé un café, preparé mi caballete y todas las pinturas que necesitaba, y bajé a la playa a pintar en “plain air” (al aire libre), para tener una visión más natural de las cosas. Me gustaba esa claridad del sur, donde los colores adquieren más un concepto poético. Me situé en la pequeña parcela de hierba al lado del restaurante, donde tenía una amplia vista de todo lo que estaba a mi alrededor. Había tanta luz y color por todas partes que la emoción me inundaba. En la tela, una vez que la dejé preparada, hice un esquema de lo que iba a hacer y procuré proporcionar profundidad en su perspectiva de todo lo que iba a meter en el cuadro.

«De lo que no hay duda» me decía, «es de que en todo cuadro hay una ley de proporciones, y esto es lo que debo aplicar».

Con la paleta, fui dando forma a todo lo que mi mente interpretaba de lo que veía. El mar con sus pequeñas olas, los windsurfistas que las surcaban y las dominaban a su antojo. Me metí en uno de ellos que iba a gran velocidad, sintiendo como si fuera él mismo. Lo plasmé en el lienzo al tiempo que también sus sentimientos.

Estaba tan ensimismado, que no observé que la gente se había colocado detrás de mí siguiendo mi trabajo.

Una joven muy bonita que tenía una niña en brazos tan preciosa como su madre, se me acercó diciendo:

—Su pintura me encanta, qué pena que no esté mi padre para que pueda verla.

—¿Y dónde está? —Le pregunté.

—Vive en Madrid, pero la semana que viene estará aquí.

—Lo siento, pero para entonces ya me habré ido.

—En su casa tiene unos cuadros parecidos a los suyos, con mucho color.

—¿Recuerda de qué pintores son?

—Sí, son de Carlos Nadal, de Menchu Gal y de otros pintores bastante coloristas.

—Sí, he visto no hace mucho una exposición de esos pintores, pero lamentablemente Carlos Nadal ya no está con nosotros.

—Sí, eso dice mi padre —. La muchacha besó a su pequeña y encantadora hija y se fue sonriendo.

Estaba tan metido en mi trabajo, que no me di cuenta que la tarde iba cayendo. Miré al cielo y vi que el sol se ponía, dejando el cielo rojo, que iba bajando a encontrarse con el mar. A mi espalda, la gente seguía contemplando mi obra. Una mujer rubia de tez morena estaba detrás de mí desde por la mañana siguiendo mi trabajo, sin pronunciar palabra.

Se acercó el director acompañado de la bella muchacha rubia con su hermosa niña de la mano, diciendo:

—Mucho trabaja usted, señor de la Vega ¿quiere que le mandé algo para tomar?

—No, muchas gracias —contesté —, le agradezco las tapas que me trajo a mediodía el camarero; eran exquisitas, además, ya estoy acabando y pasaré al bar a tomar un refresco.

Volví a mirar el cuadro que ya estaba prácticamente acabado, lo examiné minuciosamente: la transparencia del cielo y del agua estaban bien delimitadas, igual que la estela que iban dejando los windsurfistas en el agua; el rojo anaranjado de los árboles destacan sobre el color amarillo de la playa, como el color azul de la ropa de las personas que se encontraban a la orilla del mar encima de las rocas.

A la izquierda, en Isla Paloma, en la entrada del Estrecho destacaba el faro de color blanco sobre el verde, gris y ocre en donde está enclavado. Las velas de múltiples colores destacaban sobre los trajes negros de los windsurfistas, igual que los bañistas que, unos de pies y otros sentados y tumbados sobre la arena, destacaban por los colores diversos de sus trajes.

En el horizonte, en la costa de África, los colores se ven ocre, verdes, blancos y rojos anaranjados, destacando el minarete de color rojo de Tánger.

Realmente, estaba satisfecho de mi obra, igual que las personas a mi alrededor, que cuando me disponía a marchar se me acercaron, felicitándome por el trabajo realizado.

Entré en el bar antes de ir a mi alojamiento, observando cómo la gente me dirigía sus miradas. La mujer rubia con una figura excelente que había estado la mayor parte del día mirando mi trabajo, se me acercó diciendo:

—¡Perdone señor! Me gusta cómo pinta ¿es posible tener un cuadro suyo? —Preguntó.

—¿Por qué no? Nada más tiene que hablar con mi galerista en Madrid y si tiene alguno estará encantado en vendérselo —. Una vez que le di la dirección se fue, acercándose un camarero del establecimiento.

## CAPÍTULO II

### BÁRBARA

No llevaba más de media hora en mi bungalow, cuando llamaron suavemente a la puerta. Enseguida pensé en los que habían entrado la noche pasada. Por precaución, no la abrí sin antes mirar por la ventana. Sorprendido, vi que era la bella mujer que se acercó en el bar interesada por mi obra.

—Un momento y le abro la puerta —. Puse el cuadro a un lado del salón, donde hubiera algo de aire para que se secara la tela.

Al abrir la puerta, la mujer dijo en español con un marcado acento extranjero:

—Señor, le traigo una pequeña tortilla de patatas, española, hecha por mí —. La miré sonriendo por ese detalle y la invité a que pasara.

La muchacha entró y le rogué que se sentara en el pequeño sofá del salón. No tendría más de treinta o treinta y cinco años, con una figura atlética; pensé que sería una más de los muchos windsurfistas que había en el lugar.

Efectivamente, me confirmó que hacía más de diez años que venía en esa época a practicar el windsurf, generalmente, antes iba con su marido, pero falleció en un accidente de carretera y luego solía ir con una amiga, pero aquel año no encontró a nadie y había ido sola.

Quitó el plástico que cubría el plato, mostrando una jugosa tortilla de patatas, inundando la habitación de un aroma que revolucionó mis jugos gástricos.

—¡Tiene un aspecto excelente! —Exclamé.

—Sí, el cocinero del camping me enseñó a hacerla y desde entonces mis amigos de Alemania me la piden cada vez que nos juntamos.

—¡Ah, de Alemania! En Berlín expuse mis cuadros por primera vez.

—Cuánto me alegro. Yo no soy alemana, soy austriaca, de Innsbruck, pero trabajo en Hamburgo. Tenemos una tienda de antigüedades en esa ciudad.

Me encantaba la forma en que lo decía, sus ojos verdes brillaban cada vez que sonreía, mostrando una dentadura perfecta y blanca como la nieve.

—Entonces, no me extraña que le guste el arte, si vive con él.

—Sí, he vivido con él desde que nací, aunque en la tienda sólo tenemos pinturas antiguas, además de otros objetos de arte. Pero también me gusta mucho el arte contemporáneo, es la pintura que cuelga en mi apartamento de Hamburgo.

—Me alegro de que le guste, pero vamos a probar la tortilla, que se me está haciendo la boca agua cada vez que la veo.

Llevé unos platos, una botella de vino y un mantel de papel y lo puse en la mesa. Nos sentamos, diciendo la muchacha en ese momento:

—Me llamo Bárbara, perdón por ser tan maleducada y no haber dicho mi nombre antes.

—No importa, yo también he cometido la misma falta. Mi nombre es Miguel —. La muchacha se levantó de la mesa, me dio la mano y un beso en la mejilla.

Yo le apreté la cintura y la besé en los labios, y ella correspondió apretándose junto a mí y abrazándome al tiempo que decía que me deseaba.

Por la ligera blusa, casi transparente, notaba cómo apretaba sus pechos en mi tórax, sintiendo el calor de su cuerpo y los latidos rápidos de su corazón. Los dos nos tumbamos en el pequeño

sofá, quitándose ella la blusa y los pequeños pantalones cortos. Al ver ese bello cuerpo de mujer, me desnudé y nos dejamos caer hasta el suelo, donde los dos rodábamos ciegos de pasión.

No sé el tiempo que permanecemos unidos en uno solo, ni las veces que hicimos el amor, solamente sé que pasamos una noche llena de amor y pasión, sintiendo cómo mi cuerpo rejuvenecía después de tanto trabajar durante aquel año en el que no le había dedicado tiempo suficiente al ocio y al amor de un hombre joven como yo era.

Así permanecemos hasta que los primeros rayos de sol de la mañana entraban por la ventana. Los dos nos miramos y nos besamos con ternura, abrazándonos con suavidad. En esto, ella se levanta y mira el plato de tortilla que estaba encima de la mesa y se sonríe diciendo:

—Por este plato empezó nuestro amor y todavía no lo hemos probado—. Los dos nos sonreímos y nos besamos nuevamente.

Estaba preparando mis bártulos de trabajo cuando llaman a la puerta. En esto una voz grave dijo:

—Señor de la Vega, somos de la Guardia Civil, queremos hablar con usted.

—Sí, un momento.

Al abrir la puerta, los dos guardias entraron y, educadamente, dijeron:

—Queremos saber cómo le forzaron la puerta y lo del pasaporte que halló en su domicilio.

Les fui contando todo lo que había pasado y cómo el pasaporte estaba encajado entre los dos cajones. Los guardias se miraron sonrientes al tiempo que decían:

—Aquí hay algo más de lo que parece, haga el favor de confirmar su declaración mañana a esta hora en el cuartel de la Guardia Civil de Tarifa. Buenos días.

Sin decir más, se fueron, dejándome con la palabra en la boca. Me quedé preocupado por sus palabras “aquí hay algo más”, no sé lo que querían decir con eso. «Bueno, mañana iré y sabré si me pueden aclarar algo más», me dije.

Estaba esperando a Bárbara para que me llevara a un lugar que, según decía, era paradisíaco y tenía una playa increíble, el agua era verde esmeralda y las dunas que había en dicho lugar eran el refugio de la arena para que no se la llevara el viento.

—Todavía está la estructura del barco donde rodaron una película. También es el refugio de los windsurfistas, donde cientos de ellos vienen de toda Europa a practicar su deporte favorito; entre ellos, como bien sabes, estoy yo.

Oí ruido afuera y salí. Bárbara ya debía estar ahí. Abro la puerta y, cuál es mi sorpresa, al ver a dos hombres, ambos con viseras de playa, que me preguntan si era yo el inquilino de ese bungalow.

—Efectivamente, ¿qué es lo que desea? —Les contesto.

Uno de ellos se acerca a mí, diciendo:

—Venga con nosotros —, poniéndome una pistola entre las costillas.

Asombrado, les digo que se equivocan de persona, que yo llevaba solamente dos días y que no era el que buscaban.

—¡Cállese y venga con nosotros! ¿Cuál es su coche? —Me preguntan.

—Aquel Golf de enfrente.—¡Vamos!

Nos montamos en mi coche, al tiempo que uno dice:

—Salga del camping y vaya hacia Tarifa.

No habíamos recorrido un kilómetro, cuando dicen:

—A la derecha, entre y pare en el parking del hotel —. A simple vista, parecía un bonito hotel a pie de playa. Como aún era temprano, había poca gente en el aparcamiento. Me dijeron que bajara hasta un automóvil azul de tipo medio.

Entramos en el coche, uno de ellos montó conmigo en la parte de atrás. En esto el que conducía dijo:

—¡Callado, y no le pasará nada!

El que estaba a mi lado blandía una pequeña pistola escondida debajo de la chaqueta, apuntándome con ella. Tomamos la carretera dirección Algeciras. Subimos por un pequeño puerto que se llamaba “El Cabrito”; al poco tiempo ya se veía la bahía de Algeciras enfrente, con grandes barcos anclados entorno al Peñón de Gibraltar.

Mi compañero de asiento me entregó una visera de playa y me dijo que me la pusiera. En ese momento saca dos sellos blancos y me los pega en ambos ojos diciendo:

—Por su bien, no se los quite, no debe saber adónde le llevamos. Si quiere seguir con vida, siga mis instrucciones y nada le pasará.

Con una rabia y una tensión difíciles de imaginar, hice lo que el hombre me decía. Durante mi vida siempre fui un hombre tranquilo y no me preocupaba por nada que no fuera ayudar a los demás, por eso la gente me quería, empezando por mi propia familia; incluso en mis cuadros figurativos reflejaba esa humanidad que tanto gustaba a los demás y la gente me lo decía. En los paisajes, tanto de mar como de montaña, quedaba esa paz que, como una parte de mí mismo, le transmitía al espectador que los contemplaba.

Por eso me costaba trabajo comprender a esta gente que me había raptado, preguntándome qué mal había hecho. Paramos en un lugar que, por el murmullo del agua, deduje que debía estar cerca del mar; me lo confirmó el sonido cercano de un barco. Debimos parar en el puerto, porque al poco tiempo me ayudaban a bajar por una complicada escalera de barco.

—Quédese quieto en este camarote —, dijo uno de los hombres —, y ya puede quitarse los sellos de los ojos —, mientras que cerraba la puerta.

El habitáculo en donde me encontraba no tendría más de un metro y medio cuadrado. En el techo había una lámpara y una pequeña silla pegada al suelo. No tenía ventilación ni vista al exterior, aunque durante todo el trayecto, que duraría dos o tres horas, sí que oía el ruido de las olas y de los barcos que pasaban cercanos.

En algunos momentos el silencio era sepulcral, solamente el ligerísimo ruido que hacían las velas en su contacto con el viento, que debía ser de levante, nos anunciaba que algo se movía en el mundo.

El barco debía ir muy despacio, algo pasaba; llegó un momento en que la quietud era total. Alguien bajaba por la escalera interior del yate. Abrieron la puerta diciendo:

—Salga despacio y póngase estos sellos en los ojos, y no olvide la visera.

Hice lo que me decía, y, tomándome de un brazo, me condujo al exterior, introduciéndome en un automóvil, que pensé que era tal al oír el ruido de las puertas al cerrarse.

No sé el tiempo que estaríamos en él hasta que paró. Solamente sé que me introdujeron en una casa y me quitaron los sellos de los ojos.

—Espere —ordenó. Al poco tiempo entró un señor, también con gafas, bigote y un turbante en la cabeza.

—Siéntese en esa silla y conteste a mis preguntas. Miguel, usted se llama Miguel de la Vega, ¿no es cierto?

—Así es, ahí lo pone, en el carné de identidad que usted tiene —respondí.

—¿Qué hacía en el bungalow de Steinder?

Después de contarle toda la historia de lo que había ocurrido y decirle cuál era la razón de pasar mis vacaciones en el camping.

—¿Cómo sé que es verdad lo que me dice y que usted es un artista y no está compinchado con ese individuo y su amiga?  
—Dijo.

—Le repito que a esa gente no la conozco, solamente los vi de pasada cuando se fueron. Si volviera a verlos otra vez no los reconocería.

El hombre se fue, volviendo al poco tiempo con un cuaderno y unos rotuladores.

—Vamos a ver, si usted es un artista como dice, podría pintar alguna cosa de la habitación. ¿No es cierto?

—Diga lo que desee que haga. Cualquier cosa me vale.

—Bien, haga un apunte de esta habitación, le concedo una hora.

Tomé el cuaderno y en media hora hice el trabajo que me encomendó. Cuando volvió el hombre le dije:

—Consérvelo, que puede tener más valor del que usted piensa.

El hombre lo miró y sorprendido declaró:

—Reconozco que es un artista, ni yo hubiera podido hacerlo tan bien y en tan poco tiempo.

—¡Cómo! ¿Es que es usted un pintor? —Contesté.

—Lo he sido, y no de los malos. Bueno, déme su dirección en Madrid y alguna referencia creíble, y, si todo es cierto, le devolveremos al lugar de origen.

Sentí un tremendo alivio, alegrándome también de que el jefe de los raptos fuera un artista. Las horas pasaban sin que nadie apareciera por la habitación en la cual estaba, me estaba empezando a intranquilizar porque ya era de noche, cuando se abrió la puerta apareciendo uno de ellos con una bandeja de comida.

—Coma esto, y si alguna cosa desea, nada más tiene que llamar a ese timbre y vendré enseguida.

—Perdone, pero solamente deseo saber cuándo volveré al camping.

—Hasta mañana no es posible, quizás de madrugada; ya veremos.

Sus palabras me dieron algo de consuelo, «por lo menos», pensé, «no me tendrán mucho tiempo». Volvió en una hora aproximadamente, con una manta y me la entregó.

—Puede dormir en el sofá —dijo al tiempo que me la entregaba.

Recogió la bandeja y mirándola sonrió.

—Se ve que tenía apetito ¿eh, señor? —rió con sorna.

Le miré y no contesté, por educación, a sus palabras.

Las horas pasaban lentamente sin que pudiera conciliar el sueño. Pensaba en Bárbara, en su belleza y lo impetuosa que era haciendo el amor. Todo fue tan rápido, ella decía que el amor que sentía por mí empezó cuando estaba pintando en la playa, con cada pincelada que daba. Cuando la miraba fijamente con mis ojos castaños, no sé cuántas cosas más me dijo esa noche. Y ahora esto; qué cosas más extrañas nos trae el destino, no sabemos mañana lo que pasará, no podemos prever el futuro, todo es una incógnita.

Todavía no había amanecido cuando oí una voz que, como si fuera un sueño, me decía:

—Vamos, señor de la Vega, levántese, que es hora de irse.

Abrí los ojos y vi al hombre del turbante, que sonriente me tocaba en el hombro para despertarme.

—¿Es que ya nos vamos? —Dije medio adormilado.

—Así es, le dejaremos en el mismo lugar donde le cogimos.

Nuevamente me hicieron la misma operación que a la ida, y me llevaron al barco. El viaje de vuelta fue bastante malo, el yate se movía exageradamente de un lugar a otro, tenía que agarrarme fuertemente a la silla para no golpearme contra las paredes, debía hacer mal tiempo ya que el viento se oía soplar con fuerza. Pensaba que los raptos eran buenos navegantes para sortear la mar con aquel tiempo.

Me dejaron en mi coche sin darme ninguna explicación. Miré el reloj, eran las ocho de la mañana, entré en el camping y fui a mi alojamiento.

La travesía por el mar debió haber durado tres o cuatro horas, algo más que la ida, ya que la mar estaba muy picada.

Me dirigí a mi alojamiento y me tumbé en la cama, todavía estaba algo mareado del barco.

Al entrar me encontré con varias notas debajo de la puerta, una de ellas era de Bárbara y otra del director. Las abrí, primero miré la de Bárbara. “*Te estuve esperando. Muchos besos*”, y la del director: “*le ruego que pase a verme cuando llegue. Es urgente*”. «Esperaré un poco para verle» me dije.

Las dejé encima de la mesa y me quedé pensativo, necesitaba descansar y asimilar todo lo que me había pasado, no sé si creerán todo lo que ha sucedido, parece algo inverosímil, hasta yo mismo pienso que habría sido todo un sueño pesado, de esos que te ocurren algunas veces y despiertas sobresaltado y te tocas y miras a tu alrededor para ver si estás en tu cama y no en otro lugar.

Puse una nota en la puerta diciendo que hasta las diez no me molestaran, no me encontraba en condiciones para recibir a nadie. Antes de acostarme puse el despertador a las diez y me tomé un café con una aspirina, ya que el malestar se había extendido hasta la cabeza que me martilleaba intensamente.

Alguien estaba llamando a la puerta, miré el reloj y vi que ya eran las diez, «¡qué extraño! Si parece que hace un minuto que me he acostado», pensé.

—Esperen, por favor —dije antes de abrir la puerta.

Me peiné un poco, me lavé la cara con agua fría y, sin poder afeitarme ni ducharme, pregunté:

—¿Quién llama?

—Somos nosotros, ¿te ocurre algo? —La voz del director y la de Bárbara sonaron al unísono.

Abrí la puerta contestando:

—No, nada, estaba muy cansado.

